

## Vida familiar, vida sagrada

por Vani Dahlgren

Mi esposo y yo recibimos *shaktipat* de Baba Muktananda en Nueva York, poco antes de que él volviera a la India en 1976. Estábamos tan conmovidos por nuestra experiencia del amor y la gracia de Baba que anhelábamos pasar más tiempo con él. Finalmente, en la primavera de 1978 pudimos planear un viaje a la India para estar con Baba en Gurudev Siddha Peeth.

El viaje a la India desde nuestra casa cerca de Boston era de treinta horas, y pensamos que un viaje así sería demasiado largo para nuestros dos hijos pequeños. De modo que decidimos que yo iría por dos semanas mientras mi esposo cuidaba de los niños, y luego yo regresaría a casa y él iría a la India.

Llegué a Gurudev Siddha Peeth justo antes de la luna llena de mayo, el cumpleaños de Baba, y con gran alegría fui a tener el *darshan* de Baba en el patio. Le dije a Baba que mi esposo y yo nos habíamos dividido la tarea de cuidar a los niños, y que él llegaría una vez que yo volviera a casa.

Baba inmediatamente dijo: “Deberías haber traído a tus hijos”. Cuando escuché esto, mi mente se detuvo por un momento, y lo único que se me ocurrió decir fue: “será para la próxima, Baba”. Baba contestó: “la próxima vez serán muy mayores”, y señaló a todos los niños felices y saludables que estaban sentados en el patio.

Me senté en el patio y comencé a reflexionar sobre lo que Baba había dicho. Tenía claro que Baba quería que toda la familia estuviera reunida en el áshram. Comencé a pensar en cómo traer a mis hijos a la India. En aquel entonces no había manera de hacer llamadas telefónicas a Estados Unidos desde Ganéshpuri, pero frente al áshram había una oficina de telégrafos desde donde se podían enviar mensajes a Estados Unidos. La oficina tenía una antigua máquina de telégrafo con una palanca que el operador usaba para teclear los mensajes en código Morse. Los telegramas tardaban muchos días en llegar a

otros países; así que, esperando que todo saliera bien, envié un telegrama a mi esposo preguntando si podía traer a los niños.

No recibí ningún telegrama de vuelta, pero decidí que, pasara lo que pasara, aprovecharía al máximo mi tiempo en Gurudev Siddha Peeth y me entregué con entusiasmo al horario diario del áshram. Cada día me levantaba a las 3:00 de la mañana, meditaba, participaba en todos los programas y cantos y ofrecía muchas horas de *seva*. Fue una inmersión extática. Aun así, de vez en cuando me sentía incómoda porque no estaba toda la familia incluida en la experiencia, como Baba había sugerido.

Entonces, una mañana, días antes de mi partida, justo cuando la recitación de la Shri Guru Gita estaba terminando, ¡mi esposo y mis hijos entraron en el patio! ¡Apenas podía creer lo que veían mis ojos! Estaba asombrada y llena de alegría de verlos. Pude extender mi estancia, y estuvimos todos muy felices de poder pasar varias semanas juntos en el áshram.

Tan pronto como mi familia llegó, mi horario cambió; aunque seguí meditando y participando en algunos de los eventos del áshram, también pasé muchas horas dichosas cada día con mis hijos. Les encantaba estar en el áshram, sentarse con Baba, escuchar los dulces sonidos del canto y visitar a los animales y estatuas de los jardines. Para toda la familia, este tiempo con Baba en Gurudev Siddha Peeth es uno de nuestros recuerdos más preciados.

Cuando regresamos a casa, aún podíamos sentir la presencia y protección de Baba. Nuestro hogar se sentía como un lugar sagrado, lleno de *shakti*. Parecía un lugar ideal para la sádhana, para realizar las prácticas y amarnos unos a otros, y de esa manera acercarnos a Dios y al Guru. Al reunirnos como familia en Gurudev Siddha Peeth, Baba transformó nuestra vida de familia en una vida sagrada. ¡Qué extraordinaria bendición!

